

LA INCULTURA UNIVERSITARIA

Recién licenciado puedo decirlo con conocimiento de causa y sin que ningún papanatismo me acuse de envidia o despecho. Se supone que los universitarios son nuestra elite cultural y que la Universidad proporciona y monopoliza el más alto grado de cultura. Eso tuvo ocasión de comprobarlo hace poco en la proyección de «Paris, Texas», un filme austestamente emotivo y desnudamente desolador en que el público —mayoritariamente universitario— se reía continuamente sin ton ni son, de manera simplona y vulgar, sin la menor sensibilidad para la funcionalidad estrictamente artística de cada detalle. El año pasado, viendo «Moulin Rouge», de Huston, la gente reía como gracia las cosas más desgarradoras que decía sobre sí mismo Toulouse Lautrec, y seguía carcajeándose cuando en la agonía del pintor le comunican que sus cuadros han entrado en el Louvre.

Vemos las películas con comentarios en todas direcciones, con risas pasmosas y superficiales, con aplausos cuando aparece el protagonista, exactamente igual que los niños de internado en las películas de romanos o como las costureras cuando se casa la chica de la fotonovela, no cabe pensar en personas sensibles e inteligentes o cultas viendo obras de arte: si se quedan en niveles tan primarios y chabacanos no se supone ninguna comunicación con tales obras. Este público universitario no supera en nada al de los cines de barrio de sesión continua o el de los gallineros de las salas de pueblo. Por eso resultó gracioso que cuando el año pasado alguien calificó de papanatas a los asistentes a un inefable acto público, otro le contestara indignado que se trataba de universitarios, como si se tratase de un argumento de mucho peso. ¿Universitarios? ¡Qué barbaridad! Hay que quitarse el sombrero, eso es cosa seria.

Ser hoy universitario sin más es pertenecer a una espesa masa de gente vulgar, inculta, con el cerebro lavado, sin ideas propias, que repite como un robot la cantinela de los apuntes o los prejuicios del profesor de turno, engranaje de una maquinaria automática, estéril y rutinaria. Es un rebaño, los universitarios se producen hoy como los corderos o como las salchichas, en serie, sin contenido, sin valor alimenticio; es algo tan trivial, tan ramplón y tan grotesco en sus ridículas pretensiones que aburre y deprime. Hemos de ver qué clase de cultura proporciona la Universidad como iglesia con su revelación y fuera de la cual no hay salvación posible. Lo que se advierte es un círculo vicioso y cerrado de transmisión de una cultura vacua, limitada, filtrada, masticada, descafeinada, insulsa, muerta, estéril. La personalidad, la creatividad, la imaginación, se asfixian sistemáticamente, no se accede a la cultura real y viva, sino a esquemas empobrecidos y manoseados de ella, de tal modo que es más útil para aprobar leerse los apuntes sobre Cervantes o la introducción de un crítico que conocerse todas sus obras. Se inculca un cientificismo mezquino y miope que impide captar y gozar la literatura y el arte o la vida en general; a estas alturas la «ciencia de la poesía» nos arroja un agregado de materiales inertes, como si los poemas fuesen artefactos, y se asesina impunemente a los poetas y artistas. Esa actitud corta, envarada, mecánica, conservadora y aburrida, seca y ahoga todo el caudal del auténtico saber, toda su vitalidad, dinamismo y sorpresa, su variedad y fecundidad.

Una especialización narcótica convierte a los universitarios en hormigas de una materia y solemnes ignorantes de todo lo demás, vacíos y unidimensionales. Tornillos muy aptos para que funcione esta sucia y brutal maquinaria social. Porque el cometido de la Universidad es únicamente crear cuadros para seguir accionando la bestia mecánica, con su ruido absurdo y estúpido, útiles sólo para eso y no molestos, fabricados «ad hoc», en una manipulación semejante a la del «Mundo feliz» de Huxley. Por eso las protestas de universitarios son poco sugestivas, porque ellos son la Universidad, y la sostienen y la perpetúan; sólo son interesantes cuando se rebela en ellos otra cosa, cuando se rebelan como jóvenes, como locos o como centauros, pero no como universitarios, porque lo universitario es hoy lo más adocenado. Pues no se crea que se trata sólo de la Universidad de Santiago, donde yo me he licenciado; el mismo cariz podía observarse en Barcelona en 1971-74, donde en los cines de arte y ensayo (que ya suponían otra selección) la gente se desternillaba en dramas como «Valparaiso, mi amor», sólo por el acento sudamericano de los personajes, o en Granada en 1975.

Está claro que la auténtica cultura no está en la Universidad y que los universitarios no son la elite culta. Todo cuanto he adquirido de más rico, fascinante, apasionante, pleno, todo lo que he aprendido de más vivo, sugestivo, creador, todo cuanto ha contribuido a desarrollarme a aportarme algo, lo he cogido con fuerza de la Universidad y a pesar de ella. He conocido a gente muy culta no universitaria y a montones de universitarios que sólo son eso: del montón, meros tragones de apuntes, coterras que luego repiten las frases hechas en todo momento y en cualquier lugar, perpetuando la mentalidad dominante que se les ha inculcado, sin personalidad ni crítica. Porque, por lo demás, aunque una supuesta Universidad suministrase la mejor cultura, a muchos les gravitaría sobre el cerebro como el aceite sobre el agua, no la asumirían ni les entraría, pues la personalidad, la sensibilidad, la consistencia no las suministra ninguna escuela, como dice el refrán: «Cuando natura non da, Salamanca non presta». En general, el sistema educativo, mediante las ordalías periódicas que son los exámenes y la imposición sacerdotal de los títulos (que son a la vez permisos para respirar en una sociedad que lo planifica todo y licencia para domesticar a otros), es una gigantesca granja de proyección y marcaje de mentes rutinarias.

Antonio COSTA GOMEZ

7 - JV - 1985